

de lodo y paja), encontré a Duc. Duc es "héroe de tercera clase" del Frente de Liberación de Vietnam del Sur. Tiene nueve años. ¿Qué ha hecho para merecer este título? Un día, vio, cerca de la casa de su abuela, que algunos norteamericanos desmontaban un terreno, para construir una base de helicópteros. Para obtener un metro, Duc debe estirar catorce veces la mano. Inventa un juego que consiste en lanzar un bambú de esta longitud. Sabe, cuando el "juego" ha terminado, que debe alinear trescientas cuarenta y siete veces el bambú entre su casa y el helio-puerto. Por otra parte, entre la casa, y el camino que pasa al norte, debe alinear doscientas cuarenta veces el palo. Tomó las medidas. *En seguida, dice él, di los cálculos a mis "tíos" del ejército y vinieron en seguida con los morteros; veintitrés helicópteros fueron destruidos en tierra.*

En la aldea donde hemos pasado semana tras semana, viven setecientas cuarenta y tres familias: cuatro mil ciento catorce almas. En 1966, cada habitante tenía "derecho" a setenta bombas. Los norteamericanos atacan por todas partes: desde aviones de la VII flota; desde tierra. El peligro es permanente, de día y de noche. Por más increíble que parezca, no se pueden pasar aquí abajo quince minutos en calma. El ruido, sin cesar, viene de todas partes: el ritmo terrible de las granadas, los silbidos de los obuses, la explosión de las bombas que parece el ladrido de una especie de perro electrónico. Los golpes de cañón de la D.C.A. contra los "may bai", estos aviones que la población ha bautizado "Johnson".

Por las calles, en nuestro coche militar, el ruido del motor nos ensordece. No oímos el avión que viene hacia nosotros. Él está ciego y nosotros estamos sordos. Sobre una calle, en alguna parte entre Vinh-Linh y Quang-Binh, nos sucedió lo mismo. Un avión lanzó encima de nosotros, cinco granadas. *Tenemos que huir a toda prisa*, nos dijeron. Lo que cuenta ahora es la valentía y la sangre fría del chofer. Se llamaba Khué. Su reflejo inmediato fue lanzarse hacia adelante. Un "Johnson" seguía al primer avión. Una bomba explotó a cincuenta metros atrás de nosotros. Habíamos ganado.

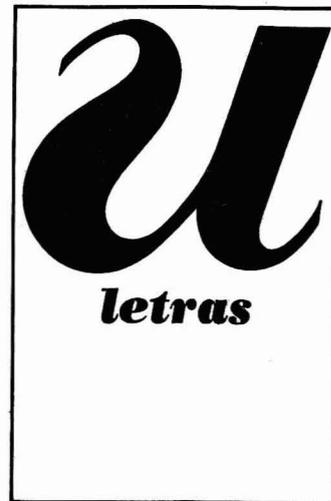
"May bai" ("el avión"), este grito es la señal de alerta en las aldeas. Es un espectáculo asombroso: los artilleros, los campesinos en los campos, los niños, vigilan las acrobacias, la rapidez, el sonido de los aparatos, conocen bien los tipos. Prevén las intenciones de los pilotos y saben dónde van a arrojar las bombas. Bajo tierra —aquí se está siempre bajo tierra—, un oficial de Estado Mayor nos dijo: *Nosotros conocemos a los norteamericanos mejor que ningún otro pueblo.* El armamento, al mismo tiempo que los conocimientos, se han mejorado mucho. Pude medir los cambios desde 1965 cuan-

do rodaba *Le Ciel, la Terre*. Por primera vez en una película, se mostrará un bombardeo del Norte a las posiciones norteamericanas del Sur.

Esta eficacia, este poderío creciente de los vietnamitas, sólo son posibles gracias a las medidas extraordinariamente efectivas de protección a la vida de los hombres que han sido inventadas y sistemáticamente aplicadas. Duermen bajo tierra, ahí descansan, ahí comen, ahí compran, ahí acumulan los víveres, ahí curan a los heridos. Bajo tierra estudian, juegan a las cartas o van al cine. Los actores aficionados, cantan y bailan, lo mismo que trabajan los artesanos, los sastres, los zapateros, evacuados de la población Ho-Xa, totalmente arrasada. Con las piezas recuperadas de los aviones abatidos, los campesinos, bajo tierra siempre, construyen arados.

El refugio es un puesto de combate, todo está puesto al servicio de esta guerra que hay que ganar. Así, esta imprenta subterránea, que tiene una prensa de pedales, tira el periódico del distrito. Dos hombres y dos mujeres lo hacen. En un rincón, un obrero trabaja minuciosamente sobre una tabla. Está inventando un "truco", un medio muy simple destinado a imprimir el periódico a pesar de todo, en caso de un desembarco norteamericano. Podría entonces esconderse más profundamente aún bajo la tierra e imprimir clandestinamente la hoja *Estamos listos, preparados para lo peor*, nos dijeron. Sobre el rodillo de metal, se puede leer: *U. S. Navy*, es una pieza de una bomba de la VII flota. En el exterior, hace calor, mucho calor. El viento ardiente que viene de Laos, sopla. Se trabaja al ritmo del adversario; si los aviones vienen temprano, se trabaja tarde. Se teme a la sequía, pero los cráteres, dejados por las bombas, constituyen excelentes recipientes y viveros para las carpas. Otros, han sido llenados por las brigadas de choque de jóvenes campesinos y campesinas que trabajan con palas y horquillas en los agujeros: 10 metros de profundidad en medio de campos de papa dulce. En veinte minutos, y ayudados por el buen humor, el agujero está lleno, entonces vuelven a plantar las papas. Los campesinos del paralelo 17, se aferran a su tierra. No quieren que los norteamericanos les roben un solo metro cuadrado.

Durante estas semanas, no solamente he filmado a los campesinos. He vivido con ellos. Cuando partí para Vietnam del Norte, llevaba conmigo una carta de algunos cineastas franceses dirigida a sus colegas vietnamitas. Decían, en la carta, que deseaban realizar una película de solidaridad con el pueblo vietnamita, *haciendo comprender al espectador que no se trata de una guerra lejana y aislada, sino de una elección entre dos concepciones que cada uno deberá hacer tarde o temprano en su país y en sí mismo.*



Este año de Rubén Darío, que se inició con ceremonias conmemorativas del Centenario de su natalicio —no sólo en países de habla española—, está a punto de concluir, con actos semejantes en los que México se hallará presente.

Aquí, como en la patria de Rubén Darío, al principiar la celebración, hubo de hablarse —cuando se evocó alguna etapa de la vida del poeta— de otros escritores hispanoamericanos con los que él mantuvo relaciones amistosas.

Entre ellos se contó el poeta y prosista Amado Nervo, que fue uno de sus más leales camaradas y sin duda figuró entre aquellos con quienes lo ligaba una amistad muy firme. Colaboraron en publicaciones periódicas del Viejo y del Nuevo Mundo, con mucha frecuencia; coincidieron ambos en sus viajes por tierras de Francia y de España —estuvieron juntos en París y otras ciudades— y había entre ellos afinidades que los aproximaron.

Quienes se hallan en el secreto, por cartas o confidencias de amigos mutuos, saben que Nervo sustituyó a Darío, en algunas colaboraciones, cuando éste, por mala salud, se veía obligado a rogarle que lo reemplazara.

Aun ha llegado a afirmarse que la colaboración, eficaz y anónima, de Nervo, enriqueció con sus contribuciones más de una página de aquellas que aparecieron, sólo con el nombre de Rubén Darío, al describir sus peregrinaciones por España.

A nadie sorprendió, aunque no hubiera penetrado muy adentro en tales relaciones amistosas —que subsistieron hasta el fin de Darío: entre sus manos, el crucifijo obsequiado por Nervo—, la elegía de éste, a raíz del fallecimiento del gran escritor nicaragüense.

De tal elegía —que la mala memoria de un escritor suramericano, atribuyó, en reciente discurso conmemorativo, al mayor de los Machados— lo que más a menudo se cita es aquel estribillo del poema:

"Ha muerto Rubén Darío,  
el de las piedras preciosas".

# Rubén Darío y Amado Nervo

por Francisco Monterde

Indudablemente, la citada frase constituye un acierto de Amado Nervo, al evocar, con esa expresión dolorosa, a su recién muerto amigo y compañero de experiencias literarias.

El segundo verso: “el de las piedras preciosas”, alude al Rubén Darío de la época en que el poeta se preocupaba, sobre todo, por lo suntuario, por los fastuosos detalles de indumentaria.

Es aquel período de su producción poética en el cual influyen más, en la poesía y la prosa de Darío, la pintura de moda en París —los cuadros de Gustavo Moreau—, aparte de aquellas otras fuentes señaladas por Arturo Marasso.

La plástica decadente y la literatura preciosista —además de las observaciones acumuladas por Darío, al hojear catálogos de museos y reproducciones de objetos de arte— influyen tanto en él como en otros poetas modernistas: Julián del Casal, entre ellos.

Mas la recordada frase de Amado Nervo: “el de las piedras preciosas”, resulta a manera de una evocación de otras evocaciones que él había trazado previamente, en torno a Rubén Darío.

La elaboración de esa frase fue lenta y se realizó a lo largo de tres lustros, según acontece con la mayoría de los aciertos que, al cuajar en su forma definitiva, nos sorprenden de pronto, como súbitos hallazgos.

Es ilustrativo —y aleccionador para la prisa de algunos jóvenes—, seguir el proceso de elaboración de la certera frase de Amado Nervo, en otros escritos suyos, ahora recordados apenas.

Desde comienzos del siglo, cuando se realiza aquel viaje inicial de Nervo a Europa, la expresión apunta —en singular aún—, en una de las páginas de *El éxodo y las flores del camino* (1903) que tratan acerca de los escritores.

En esa obra, mixta de prosa y verso, como *Azul...* de Darío, —páginas que Nervo calificaría después de “notas impresionistas”—, el poeta y prosista mexicano escribió, acerca de Rubén: “Éste



del nombre que es una piedra preciosa...”

En tal frase “impresionista” se halla, por consiguiente, el punto de partida del verso que, tras larga elaboración, cristalizaría, pluralizado así:

“el de las piedras preciosas”.

Transcurridos unos años, de retorno en su patria, Amado Nervo iba a colaborar en *Revista Moderna de México*, en cuyas páginas quedó más de una huella perdurable del mismo.

Desde comienzos de 1903, *Revista Moderna* había empezado a publicar una sección titulada “Máscaras” —que Porfirio Martínez Peñalosa va a exhumar, en breve—, la que presidían reminiscencias de otros escritores.

En esas “Máscaras” está presente, entre otros, el recuerdo de Remy de Gourmont, por los *libros de las Máscaras* (1896 y 1898), a su vez, reminiscentes de otras obras que la habían precedido en la literatura no sólo francesa.

La mayoría de las “Máscaras” de *Revista Moderna* está dedicada a escritores mexicanos de la época —según lo recordará Martínez Peñalosa—; pero entre ellas aparecen, también, las de algunos hispanoamericanos y un francés: Mauricio Rollinat.

Los hispanoamericanos incluidos en tal serie fueron José Asunción Silva, Rubén Darío, Manuel Díaz Rodríguez y Leopoldo Díaz: un colombiano, un nicaragüense, un venezolano y un argentino.

La “Máscara” de Rubén Darío —al

frente de la cual se reprodujo, como ilustración, un apunte de *Los raros* que de la edición argentina copió José Juan Tablada, en vez del habitual dibujo de Ruelas—, se debe a Nervo.

Apareció esa “Máscara” en el número de *Revista Moderna* que corresponde a diciembre de 1906. Principia con la mención del precedente citado, del *Éxodo*, para presentar a Darío, en el que Nervo transcribe: “En cuanto a mí, yo quisiera ser un gran topacio, un gran topacio y que la luz del sol me hiriese por todas partes, por todas partes me atravesase, brillase en todas mis facetas. Yo no quisiera ser más que un topacio...”

Amado Nervo agrega: “No hay rincón de América donde su nombre hecho de una gema asiria y una gema judía no resuene con un raro prestigio y con el timbre agudo y misterioso de un heráldico clarín de oro.”

Aquella cita constituye la segunda etapa del recorrido, en la elaboración de la frase que define, certeramente, al gran poeta de Nicaragua.

Diez años más tarde, al extinguirse, en su tierra natal, la vida de Rubén Darío, Amado Nervo traza la poesía elegíaca en la que, síntesis vital del desaparecido, incrusta la expresión apuntada:

“Ha muerto Rubén Darío,  
el de las piedras preciosas.”

La evocación parecerá más clara, a la luz de las frases anteriores: aquella de *El éxodo y las flores del camino*, y la otra de la “Máscara” de *Revista Moderna*.

Acierto indudable del escritor mexicano fue el de pluralizar, en el verso:

“el de las piedras preciosas”,

lo que había escrito, en singular, en dos ocasiones previas, y dar a la expresión, dentro de la elegía, la característica de uno de los aspectos —quizá el más conocido— de Rubén Darío: el lapidario que hace definitivo ese verso de la elegía trazada por Nervo.

